



ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº28 – Invierno 2024

Ensayo sobre la familia: espacio de producción de subjetividad

Rodolfo Álvarez del Castillo¹

Fundada durante siglos en la soberanía divina del padre, la familia occidental se transformó en una familia biológica a partir de principios del siglo XIX, con el advenimiento de la burguesía, que concedía a la maternidad un lugar central. El nuevo orden familiar pudo entonces controlar el peligro que representaba el ascenso de las mujeres en la sociedad futura. Frente al desarrollo del movimiento feminista, había que poner seriamente en tela de juicio la antigua potencia patriarcal.

Freud fue un testigo privilegiado de la declinación de esa potencia. Pensaba que cada hijo deseaba casarse con su madre y matar a su padre y que cada ser humano heredaba situaciones genealógicas inconscientes que repetía sin cesar. El propio psicoanálisis fue de entrada un asunto de familia.

Elisabeth Roudinesco, *Diccionario amoroso del psicoanálisis*, 2018, Debate, Buenos Aires.

¹ Psicoanalista y coordinador de grupos operativos. México

INTRODUCCIÓN

En el inicio del proceso de trabajo terapéutico y estudio de las enfermedades mentales de su época, en 1893, Sigmund Freud fue realizando algunos descubrimientos que lo llevaron a construir una nueva concepción de los procesos psicológicos del ser humano, una dimensión poco atendida hasta entonces, que remitía a la existencia de procesos psíquicos al margen de la conciencia y de la voluntad del sujeto y que jugaban un papel determinante, no sólo en la organización de su sintomatología y sufrimiento psíquico, sino en un amplio espectro de su vida: el inconsciente.

En la búsqueda de las causas etiológicas de los síntomas histéricos, Freud, influido por sus experiencias en el sanatorio de Salpêtrière, dirigido por Jean-Martin Charcot, donde, buscando el diagnóstico diferencial de la epilepsia, se experimentaba con la sugestión hipnótica para inducir síntomas histéricos como parálisis, anestias, crisis convulsivas, etc., insertando, durante trances hipnóticos, ordenes en los pacientes que luego, en estado de vigilia, serían ejecutadas sin tener conciencia de ellas. (Ellenberger, H.). De esa experiencia, la evidencia de que los síntomas histéricos pueden tener una causa en ideas y no solamente en factores orgánicos, resultó que el estudiante de neurología que llegó a la Salpêtrière para un año de estudios, regresó a Viena como un médico interesado en el estudio de la psicología de la hipnosis y la sugestión, así se desplazó su objeto de estudio, de la neurología a la psicología, dando como resultado un nuevo campo de investigación: el psicoanálisis.

Freud desarrolló, por ensayo y error, un método de investigación, una técnica de tratamiento y una teoría de lo psíquico. Lo llamó psicología de lo profundo (*Tiefenpsychologie*) o psicoanálisis. Consistió en pedir al paciente que hablara libremente, asociando, sin censurar sus ocurrencias mientras el analista escucha con atención flotante y sin una meta particular el discurso del paciente. En su asociar, el paciente comienza a llevar contenidos relacionados con su entorno familiar, sus padres, su infancia, sus hermanos, la escuela. Un universo personal en el que la familia del paciente y su infancia temprana se presentan como un territorio, en el que se han anclado firmemente elementos de conflicto para el paciente y que producen y sostienen su sufrimiento psíquico al producirle conflictos, ambivalencia y sentimientos de culpa.

Es así que Freud fue descubriendo que la historia de la enfermedad de sus pacientes, remitía a la época en que el sujeto estaba en proceso de crecimiento y que la neurosis del adulto correspondía a una reactualización de lo que fue una neurosis de la vida infantil. Años después, 1909, tendrá la oportunidad de seguir de cerca, a través de un discípulo, Max Graff, los pormenores del desarrollo de una fobia en un niño de cinco años, en un caso que se

volvería célebre. Ahí Freud podrá ser parcialmente testigo, a través de los relatos del padre, de aquello que en su clínica sus pacientes presentaban como recuerdos de su vida infantil.

Gracias a los descubrimientos de Freud, la visión social de la infancia se va transformando en la medida que la misma se vuelve objeto de investigación de varias disciplinas que mutuamente se enriquecen: la pedagogía, la pediatría, la psicología y el psicoanálisis. Las costumbres sociales en torno a la educación, el trabajo infantil, la crianza, sufren cambios radicales conforme se va comprendiendo la compleja dinámica infantil del proceso maduracional. Surgen instituciones especializadas al tratamiento de las problemáticas en el desarrollo de la infancia y adolescencia: guarderías, orfanatorios, escuelas de educación especial, reformatorios, hospitales pediátricos, etc. La atención a la infancia pasa a ocupar un lugar privilegiado en la mayoría de los programas de gobierno de la mayoría de los países.

La infancia en psicoanálisis se define como la etapa de vida en que en el niño se construye eso que llamamos, desde la segunda tópica freudiana, el aparato psíquico: Yo, ello y superyó. Va, desde el nacimiento, con la formación de las primeras huellas mnémicas y la formación de los primeros vínculos, hasta el sepultamiento del complejo de Edipo alrededor de los cinco años y la conformación del superyó. No habrá, después de ese proceso, ninguna otra adquisición estructural significativa. La niñez dará paso a la pubertad y adolescencia con la maduración de los caracteres sexuales secundarios. Cada cultura definirá los pasajes sociales de estas diferentes etapas de vida.

En lo concerniente a la infancia humana el rasgo más determinante es la incompletud del proceso de gestación, a los nueve meses la madre da a luz a un ser todavía muy prematuro, sin ninguna capacidad motora, ni cognitiva, que demandara cuidados constantes durante un tiempo prolongado. No solamente en la satisfacción de sus necesidades biológicas básicas: alimentación, calor, higiene. Sino también en la estimulación emocional, como lo demostraron los experimentos de Rene Spitz en su libro *El primer año de vida*. Esa *Hilflosigkeit* (condición de desamparo), determinará que la especie humana construyera, para su supervivencia, lazos que garantizaran la presencia de figuras sosteniendo las funciones necesarias de la crianza. A esos lazos y funciones Bolk le llamaría el útero social.

En tanto pertenecientes al orden de los mamíferos, el primer vínculo humano es el vínculo madre-hijo, de él dependerá una buena parte de la edificación del aparato psíquico del niño. El estudio de determinados cuadros clínicos, conducen a la investigación del vínculo madre-hijo de la infancia temprana como un factor productor de los mismos. El estudio de ese primer vínculo desde la óptica psicoanalítica, condujo a postular de manera general algunas recomendaciones para la crianza, que buscan prevenir efectos nocivos en la salud mental del

sujeto: No compartir el lecho conyugal con el bebé, preparar el destete para que no sea un evento demasiado traumático para él, así como la educación en el control de esfínteres en un momento neurológicamente adecuado, etc.

Es así que la relación madre hijo, la presencia del padre y otros miembros de la familia van, mediante el trabajo de socialización del bebé, construyendo al nuevo sujeto social. Tendrá un nombre y apellidos, estará inserto en una genealogía, tendrá un sexo, masculino o femenino, se construirán expectativas a partir de los deseos de los padres sobre su futuro, será banquero, obrero, profesionista, etc.

¿Cuáles son los mecanismos que se despliegan en el proceso de crianza para la construcción del sujeto psíquico? ¿Cuáles son los elementos fundamentales constituyentes de la familia, entendida como lugar de producción del sujeto social? La familia es la “base de la sociedad”, según reza la fórmula que desde primaria se nos enuncia, y que es usada para apuntalar todo tipo de valores sociales mayormente de tono social conservador, en el sentido de conservar los valores sociales dominantes.

¿Qué papel desempeña la familia como estructura, en la construcción y reproducción de sujetos necesarios para el mantenimiento y sostén de la sociedad? ¿Cuáles son los elementos fundamentales del proceso de socialización que producen un sujeto adecuado a las normas sociales? Se suele tomar a la familia como objeto de estudio cuando algo en su funcionamiento no anda bien. Cuando produce malestar emocional y enfermedades mentales. Pero cuando no hace ruido su accionar, se mantiene como un estándar que no llama la atención. Cuando cumple su función social y produce sujetos adaptados y exitosos socialmente.

DEFINICIÓN Y DESARROLLO HISTÓRICO DE LA FAMILIA

Hagamos un breve recorrido histórico sobre la evolución de la familia humana, señalando las razones que motivaron los cambios en su estructura a lo largo de diversos modos sociales de organización, así como las funciones primarias y secundarias que esta realiza en la reproducción del sujeto para cada etapa.

Partamos de esta tesis planteada por Frederich Engels en el prefacio a la primera edición de su libro *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado*. Ahí escribe: “Según la teoría materialista, el factor decisivo de la historia es, en fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos clases.

De una parte, la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo eso se necesitan; de otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dado, están condicionados por esas dos especies de producción: por el grado de desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra.”

Veámos que un rasgo evolutivo característico de la especie homo es el nacimiento prematuro de sus miembros. En los procesos de gestación la evolución realiza modificaciones que resultan en cambios morfológicos o funcionales en las diversas especies, si esos cambios otorgan alguna ventaja en la adaptación al medio se conservan y son transmitidos genéticamente a las nuevas generaciones, al menos esa es una de las formas en que trabaja la evolución.

Para nuestra especie el nacimiento prematuro resulta en una desproporción de una cabeza más grande en relación al cuerpo, por lo tanto, mayor masa encefálica, así como la pérdida del vello corporal (lo que hace que el instinto prensil en el bebé humano, sea un acto discontinuado al no haber pelo en el cuerpo materno al que aferrarse). A esos rasgos se les conoce como fetalización. La desventaja es que el recién nacido humano requiere entonces de mayores cuidados debido al grado de desvalimiento (*Hilfsikeit*) con el que llega al mundo. En comparación con especies más próximas evolutivamente, un chimpancé o un gorila puede desplazarse por sí mismo y trepar por un árbol a las pocas semanas de nacido.

Entonces, como consecuencia de esa prematurez del nacimiento humano, se constituye una red de vínculos que hagan la función de un útero social, en el que una vez nacido el ser humano se le crie y se socialice. Sin ese útero social no termina de gestarse el ser humano. Sin afecto en los cuidados de crianza, no hay desarrollo (Spitz). Esta desventaja biológica impulsó a la especie a compensar las debilidades físicas del cuerpo y resolver con inventiva los problemas que la vida plantea para los seres vivos en general, con soluciones que no están en su código genético de comportamientos. “El nacimiento biológico no basta, pues, para hacer un ser humano del biológicamente nacido. Para ello se necesita la socialización, que se inicia no ya con el nacimiento, sino antes de éste (...) Solamente socializado puede el individuo vivir y desarrollarse.” Igor A. Caruso, *Narcisismo y socialización*. 1979.

Las primeras agrupaciones humanas distaban mucho de nuestras configuraciones sociales actuales. Nómadas, cazadores y recolectores, la organización social dependía de las funciones que se desempeñaban en el grupo. Muy posiblemente funcionaban como un clan, dirigido por uno o varios machos dominantes que organizaban las actividades. Suponemos que se empezó a dividir y especializar el trabajo, según los requerimientos

físicos del mismo, los niños y mujeres recolectaban frutos y plantas comestibles y los adultos machos cazaban y protegían al grupo.

La sexualidad no tenía más límites que los que la aparición y desaparición de las necesidades presentaban. Posiblemente se evitaba el incesto, como lo vemos en otras especies, pero no era un tabú inicialmente. Las relaciones eran libres y se llegaba a dar el caso de peleas entre diferentes grupos humanos, por robar las hembras del otro. Un inicio de identidad grupal se generó en esa rivalidad por territorio y recursos naturales entre los diversos grupos. Más tarde, dentro de cada grupo, el reconocimiento de la genealogía por la línea materna, ya que la paterna era incierta. Y así, en el devenir del hombre se desarrollaron el lenguaje, relaciones de parentesco, costumbres, habilidades de caza y pesca, control del fuego, agricultura, manufactura de herramientas de piedra, concha y madera, alfarería, roles sociales como el chamán o curandero, antepasado de lo que somos hoy en día.

Otro rasgo evolutivo de la especie fue que el papel del comportamiento instintivo fue dejando lugar a una nueva dimensión de la existencia, la dimensión social. La cual rige a partir de valores distintos a los meramente biológicos. En el reino animal, los patrones de comportamientos básicos están dados hereditariamente: reproducción, territorialidad, alimentación, dominación, etc. La paloma es monógama y hace pareja de por vida, por ejemplo, y los lobos se organizan en base a un macho y hembra alfa y la caza y la reproducción son realizadas en torno a su dominio. Mientras más evolucionada una especie, más nos encontramos una interacción entre comportamiento instintivo y aprendizaje. En la especie humana esta distribución fue dejando en lo mínimo la dimensión instintiva en contraposición a la social. En esa medida diríamos que fue apareciendo la condición humana de la especie. Como dice Jacques André (2004) citando a Lévi-Strauss: “En su introducción a *Las estructuras elementales del parentesco*, Lévi-Strauss observaba, evocando el ejemplo paradójico de los “niños salvajes”, que no hay en el ser humano un comportamiento natural de la especie al cual el niño aislado pudiera volver por regresión. No se conoce ilustración alguna de un hombre pre-cultural...”.

Lo social aparece en el hombre a través de la división del trabajo, de la transmisión de conocimientos acerca de la naturaleza, la construcción de herramientas, la elaboración, uso y cuidado del fuego, el adornar el cuerpo, el entierro de los muertos, etc. Esta nueva forma de ver y vincularse con la realidad, le otorga a esta un significado y un valor inéditos que no están en ella, le son atribuidos.

Para Freud, la energía pulsional se rige por el principio del placer: todo incremento de la tensión es experimentado como displacer y demanda su descarga inmediata a fin de

restablecer el equilibrio inicial. Una vez descargada la tensión el sujeto pierde el interés en aquello que sirvió para tal fin. A esas pulsiones Freud las denomina pulsiones de satisfacción directa. Aparecerán, dice Freud, en un momento de la historia de la especie, otras pulsiones que no se descargan totalmente con la satisfacción, que se mantienen depositadas en el objeto aun y cuando la carga productora de tensión haya sido empleada, y mantendrán un vínculo con el objeto de manera duradera, en resguardo de que se vuelva a presentar un incremento de la tensión. A esas pulsiones las denomina de satisfacción indirecta, y son las que forman los lazos libidinales amorosos en la especie. Estas pulsiones son las que permitieron mantener la cohesión social de los primeros grupos humanos a través de vínculos libidinales.

Las formas de agruparse y de establecer los lazos de parentesco irán cambiando con el tiempo, así como los roles sociales a cada sexo, los sistemas de crianza, de producción de bienes de consumo, la aparición de jerarquías sociales, etc. La organización del núcleo social primario, madre-hijo padre, será organizado en diversos modelos hasta llegar a ser lo que hoy denominamos como el grupo familiar. Estela Botto y María Cristina Olivares, en su texto *Breve historia del niño*, 1994, exponen algunas de las diversas formas de organización del grupo familiar a lo largo de la historia. Para mencionar un ejemplo, en la antigua Roma, era común la venta y adopción de niños.

LA FUNCIÓN SOCIAL DE LA FAMILIA. ALTHUSSER

Veamos ahora un abordaje desde la sociología, particularmente el del marxismo. Partiendo del concepto althusseriano de Aparato Ideológico de Estado se caracteriza a la familia como el espacio donde se reproduce al sujeto social.

Desde el Materialismo histórico se plantea que la sociedad está constituida en su estructura por dos partes: una infraestructura económica, el modo de producción social de los bienes de consumo. Y una supraestructura Jurídico-política e ideológica. Esto es, la manera como una sociedad organiza el trabajo para la producción de bienes, por ejemplo, una sociedad esclavista, utiliza el trabajo de esclavos para explotar las riquezas de su territorio, el esclavo es un ser sin derechos y es propiedad de sus amos. La fuerza de trabajo proviene de una clase social que carece en absoluto de derechos sociales. La supraestructura jurídica producirá la legislación que legitima ese estado de cosas y la superestructura ideológica producirá los sistemas de creencias y pensamientos que harán que esa realidad, la explotación de seres humanos por otros, sea visto como natural, que sea legitimada por sistemas de creencias, por ideologías.

Ese es el papel social de las ideologías en general, son aquel conjunto de representaciones que el sujeto tiene acerca de sí mismo y de su lugar social, sus metas y roles, etc. Las cuales son pensadas como producidas por él mismo y que se expresan en las frases: yo quiero, yo pienso, yo elijo. El yo, primera persona del singular, es el lugar de la ilusión, en tanto las verdaderas causas determinantes de su ser y hacer, le son desconocidas, la mayoría son inconscientes en sentido tópico freudiano, y otras están en el tejido social como “el cemento de su formación”. Cada sociedad produce al hombre necesario para su funcionamiento.

El proceso socializador, en el que el sujeto incorpora el conjunto de valores, normas, ideales, prohibiciones, costumbres, etc., es desarrollado en el seno del grupo familiar, las figuras parentales son las encargadas de esa labor inicial, que será completada por otros aparatos ideológicos: iglesia, escuela, medios de comunicación. Para que el proceso socializador sea efectivo, es necesario que el sujeto desconozca el proceso mismo, que lo olvide, que se vuelva inconsciente. En el modelo freudiano, la adquisición del superyó produce un control interno al sujeto que vigila y castiga aquello que trasgreda las prohibiciones o se aleje de lo que se considera como lo deseable en cuanto a logros y modelos de comportamiento y deseo. “La amnesia infantil de los pasos esenciales del proceso de sujetación aparece como el prerrequisito indispensable para la dominación del individuo y para la existencia casi universal del mito de la singularidad.” Braunstein, N. 1975.

Con el desarrollo de las sociedades, durante la revolución industrial, la fabricación de productos de consumo a escalas mayores llevó a una reorganización de la vida cotidiana en las ciudades, posteriormente también el campo se vería afectado por modelos más industrializados de crianza de ganado y manejo y producción de cultivos. Los antiguos modelos de trabajo artesanales, que se transmitían entre generaciones vía lazos padre-hijo, se ven trastocados con un modelo que utiliza mano de obra a escala mucho más amplia. Surge así una clase obrera industrial y una especialización cada vez mayor en la mano de obra.

Por lo anterior, las relaciones familiares son afectadas al cambiar el modo de conseguir el sustento, ya no por el trabajo del taller familiar, sino en la jornada laboral en la fábrica, donde se participa del proceso de producción en alguna de las diversas partes de la cadena productiva, de cuyo producto final, el trabajador está enajenado. Esto es, no se reconoce en él.

LA FAMILIA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE FREUD

Freud no realizó abordajes propiamente familiares a lo largo de su vida. Sí estudió, a través de sus pacientes, elementos de la dinámica familiar que incidían en el sufrimiento de los

mismos y en la construcción de su carácter. Sobre todo, estudió el papel constituyente que las relaciones familiares tienen para el aparato psíquico. Siendo el yo y el superyó, las partes que se construyen en la relación con los padres. Para Freud, el niño precisa de la presencia del otro, para, en un interjuego en el que la satisfacción de sus necesidades y los cuidados de la crianza va, a través del vínculo libidinal con la madre, edificándose el yo del niño, tomando al otro como modelo, como auxiliar. El yo del niño se construye en la intersubjetividad, esto es, en la relación con otros.

Escribe Freud en su libro *Psicología de las masas y análisis del yo*, de 1921: “En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo”. Además, en ese mismo texto, argumenta en favor de la idea de que no hay en el hombre un instinto social propiamente dicho, sino que el origen de una pulsión social en el hombre es consecuencia de la crianza en el seno familiar: “... que la pulsión social acaso no sea originaria e irreductible y que los comienzos de su formación puedan hallarse en un círculo estrecho, como el de la familia.”

Analizando los fenómenos de masas y los cambios que sufre el individuo al estar bajo el influjo los mismos, analiza los tipos de vínculos que se establecen en dichas configuraciones. Concluye que, de los diversos tipos de identificaciones, como la identificación con el objeto, identificación con el síntoma, identificación en la situación e identificación edípica, es esta última la que acarrea un cambio más total en el sujeto. Ya que a diferencia de las primeras que solo implican el asumir un rasgo del otro, como un síntoma en la identificación histérica, en la identificación edípica, el niño toma a uno de los padres como modelo para terminar de estructurar su yo. Esto es, se identifica con el padre o la madre asumiendo como propias las características sociales de lo que implica ser hombre o mujer en la sociedad. Incorporando una nueva función a su estructura psíquica, el superyó. Instancia encargada de vigilar el cumplimiento de las exigencias que el proceso identificatorio resultan en un deber ser como el padre idealizado, el ideal del yo, y la amenaza de castración como castigo ante la transgresión de esa exigencia. El superyó es el heredero del complejo de Edipo, reza la frase de Freud. Es por eso que se habla de proceso estructurante, y proceso de sujetación a esta parte de la vida psíquica del infante.

Tenemos entonces dos niveles en el proceso de constitución del sujeto. Un nivel intrapsíquico, que corresponde a la construcción del modelo freudiano de la primera y segunda tópica: inconsciente, consciente y preconscious, y yo, ello y superyó. Y simultáneamente una tópica intersubjetiva que enmarca a la primera. Según lo plantea Silvia

Bleichmar en su libro *En los orígenes del sujeto psíquico, del mito a la historia*. (1986) "... nos ubicaremos de entrada en una concepción del sujeto psíquico cuya tópica se presenta, desde el comienzo, intersubjetiva. En el marco de esta tópica intersubjetiva se dará un proceso de constitución del aparato psíquico. Esta última estaría constituida, en un inicio, principalmente por la relación madre-hijo".

Ahora bien, hablar de la madre, implica definirla. De entrada, puede ser quien da a luz una nueva vida y asume las tareas de la crianza del bebé. Multitud de factores matizarían la función materna, dependiendo de los elementos singulares del sujeto que asumiría el papel de madre y las condiciones históricas y sociales en que se desarrolla el maternaje. La persona que se encarga de alimentar al bebé, produce en él después de algunas experiencias de alimentación un apego afectivo, un vínculo, el primer vínculo del bebé con otro.

Conocemos como uno de los principales resultados de las actividades de la crianza, la paulatina instauración de lo que Freud denominó como principio de realidad. Proceso mediante el cual, la actividad mental del bebé va incorporando, mediante la experiencia de la satisfacción y frustración de su necesidad de alimentación, la vivencia placentera y displacentera relacionadas con el aumento y disminución de la tensión que la falta de nutrientes en el cuerpo produce. Dos estados mentales son entonces los que conforman la vida psíquica del bebé: el placer y el displacer.

La condición de mamífero determina que el primer vínculo que establece el ser humano es con la madre, la dependencia del bebé hacia la madre es total en los primeros años de vida, alimentación, higiene, estimulación física y emocional proporcionadas por la madre van permitiendo que en el conjunto de sistemas biológicos que constituyen al bebé, se vaya construyendo, por apuntalamiento, la dimensión psíquica. Asociada a la vivencia de sensaciones de placer, desligadas de la satisfacción de necesidades biológicas. Construyéndose entonces una nueva dimensión de realidad en el sujeto humano, la dimensión del deseo, de la fantasía. Regida por el principio de placer, que busca la descarga inmediata de la tensión mediante la satisfacción, mediante estimulación física de lo que se denomina el componente básico de la sexualidad humana, las pulsiones. En un principio de tinte oral.

En esta interacción del bebé con su cuerpo y sus necesidades biológicas, un sujeto que cumple la función materna de alimentación, cuidados y estimulación afectiva, y la madre (pecho como primer objeto libidinal) como objeto de su pulsión sexual oral, va constituyéndose el yo del bebé, en contraposición al no yo. La interacción en la diada madre-hijo, va instaurando en el yo en construcción del bebé el principio de realidad, además de la

delimitación del yo y del no-yo, con la frustración que implica la postergación de la satisfacción.

Sandor Ferenczi (1974), a propósito del desarrollo del sentido de realidad en el bebé, llega a postular la existencia de una “máquina de calcular”. “Cuando se abandona la tendencia a dejar de lado el mundo circundante por medio de la represión o la negación, empezamos a contar con él, es decir a reconocerlo como un hecho. Un avance anterior al arte de contar es, en mi opinión, el desarrollo del poder elegir entre dos objetos que ocasionan más o menos displacer, o de elegir entre dos modos de acción que pueden resultar en menor o mayor displacer. Todo el proceso de pensamiento podría entonces ser un trabajo de contar o calcular, en gran medida inconsciente, e interpuesto entre el aparato sensorial y la motilidad.” El niño va entonces incrementando paulativamente su capacidad de tolerancia a la frustración, imponiéndose la tolerancia a la frustración y la capacidad de espera a la satisfacción de sus deseos y demandas. Desde el niño que juega solo en una habitación de la casa, pero de tanto en tanto va a echarle un vistazo a la madre para constatar su presencia, hasta el momento en que ingresa al jardín de infantes y una nueva institución entra en su vida, la escuela.

Dice Herbert Marcuse (1968): “El principio de realidad sustenta al organismo en el mundo exterior. En el caso del organismo humano, éste es un mundo *histórico*. El mundo exterior enfrentado por el yo en crecimiento, es en todo nivel una específica organización socio-histórica de la realidad, que afecta la estructura mental a través de agencias o agentes sociales específicos.” Esa organización socio-histórica de la realidad, va desde los roles sociales de la mujer y el hombre, las costumbres de higiene corporal, alimentación, horarios, ocio y trabajo, vestimenta, etc. Cuando el niño, durante el devenir del complejo de Edipo, termina identificándose con la figura del padre o la madre, no solo se identifica en una condición de género, sino con lo que socialmente se espera de un hombre o mujer en esa sociedad.

El control social se “encarna” en el sujeto mediante los castigos que el superyó aplica al yo cuando este se aleja de las exigencias del ideal del yo, como son: la vergüenza, la culpa y la desvalorización. Es así que el superyó pasa a ser un componente importante del principio de realidad cuando la gratificación de los deseos no sólo depende de las condiciones de trabajo que se espera otorguen el derecho de disfrutar de ellas. Sino que además habría un juez inconsciente que determina si se es merecedor de tales gratificaciones, basado en la distancia subjetiva entre el yo y el ideal del yo construido en la infancia.

Tenemos entonces dos conjuntos de procesos que operan en la construcción del sujeto psíquico y su socialización. Primero la construcción del yo con los cuidados maternos y segundo la construcción del superyó con el sepultamiento del complejo de Edipo.

Es así que la construcción del sujeto humano es resultado de complejos procesos en los límites de la biología y lo social. La relación madre-hijo socialmente significada en la cultura, el reconocimiento de los derechos jurídicos de la infancia, las legislaciones sobre las obligaciones y derechos de la paternidad, la diversificación de los modelos de organización familiares, son elementos que en conjunto funcionan como un encuadre que protege a la institución encargada de la producción del sujeto social, la familia. La cual no está exenta de cuestionamientos sobre su utilidad y necesidad, como lo constata Sophie Lewis en su libro *Abolir la familia*, de 2003.

CONCLUSIONES

Es sabido que los elementos que sostienen a la escucha analítica tenemos, por un lado, a los eventos de la vida personal del analista, como son: su lugar social, el tipo de familia de que proviene, su educación, su ideología política, sus creencias religiosas o su ateísmo, etc. Por otro lado, el conjunto elementos de trabajo de su propia formación analítica: su análisis personal, sus lecturas y seminarios, sus maestros y supervisiones, la institución analítica de referencia, su propia experiencia como analista, etc. El sujeto que sostiene el análisis es el propio analista en su totalidad y el sujeto que se somete al análisis es el paciente en su totalidad, en un encuentro de dos singularidades constituidas en una pluralidad de referentes, -como el monstruo de la novela de Mary Shelley, Frankenstein-, enmarcados por un encuadre y un método que forma un espacio, en el que la relación analítica se desarrolla con un mínimo de interferencias, lo que permite el despliegue de la transferencia-contratransferencia.

A esa configuración de elementos personales y profesionales del analista, Enrique Pichon-Rivière lo denominó el ECRO, Esquema Conceptual Referencial Operativo. Para el analista, la posibilidad de instalarse en el lugar de la conducción de un análisis, está sostenido en ese ECRO, que le brinda elementos para escuchar los diferentes niveles de significación contenidos en el discurso del analizando.

Freud recomendaba a los que querían formarse como psicoanalistas el estudio de la sociología, la historia y también temas médicos. Para Freud (1926) el psicoanalista era alguien con amplia cultura, lo que le permitía escuchar con mejor perspectiva los discursos

de los analizandos. En su texto *Pueden los legos ejercer el psicoanálisis*, expresa: “El plan de estudios para el analista está todavía por crearse; debe abarcar tanto temas de ciencias del espíritu –psicológicos, de historia de la cultura, sociológicos- como anatómicos, biológicos y de historia evolutiva.” De alguna manera Freud apuntaba justo al tema del ECRO del analista. Una mejor perspectiva teórica permite una posición más detallada ante el discurso del analizando, digamos que la capacidad de escuchar diferentes niveles de determinación y significación se ve enriquecida, permitiendo entonces distinguir sin separar, aquello que se encuentra entremezclado en las diversas dimensiones del sujeto psíquico. Por ejemplo la madre como objeto de amor, como figura de autoridad, como fuente del lenguaje, como mujer, como educadora, etc. Cada una con sus respectivas determinaciones y valoraciones por la sociedad y de acuerdo a la clase social a la que se pertenece.

El tema de la familia del analizando forma parte sustancial de su discurso en la gran mayoría de los casos, y cuando no es así, la ausencia del tema familiar es un dato clínico más. La historia infantil que produce el paciente, es producto de un sinfín de elementos resignificados que van estructurando sus fantasmas y sus posiciones subjetivas. Esos fantasmas primordiales, son un intento de solución de los enigmas que el infante ha de ir sorteando en su devenir en la red de relaciones familiares. La escena originaria trata del origen del individuo, el fantasma de castración explica la diferencia de los sexos, la escena de seducción refiere al origen de la sexualidad, etc. Son las temáticas principales que el niño debe enfrentar dentro del núcleo familiar a fin de construir su estructura psíquica. La represión como defensa que instituye una frontera entre los sistemas consciente e inconsciente y el superyó como instancia que internaliza el imperativo categórico del deber ser con el ideal del yo y el castigo con la amenaza de castración.

Es por eso, que, desde hace tiempo y hasta la actualidad, la familia ocupa el lugar del espacio social productor del sujeto, sujeto social.

Bibliografía

- Widlöcher, D., Laplanche, J., Fonagy, P., Colombo, E., Scarfone, D., Fédida, P., André, J., Squires, J., (2004). *Sexualidad infantil y apego* Widlöcher, D. Siglo XXI.
- Bleichmar, S., (1986). *En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Braunstein, N., Pasternae, M., Benedito, G., Saal, F., (1991). *Psicología Ideología y ciencia*. Siglo XXI, México.
- Botto, E. y Olivares, M.C., (1994, 7 noviembre). *Diarios Clínicos, 7 Breve historia del niño*.
- Caruso, I. (1979) A. *Narcisismo y socialización. Fundamentos psicogenéticos de la conducta social*, Siglo XXI, México
- Ellenberger, H., (1976) *El descubrimiento del inconsciente*, Gredos, Madrid.
- Engels, F., (2021) *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado.*, 3ª. Reimpresión, Akal, Madrid.

- Ferenczi, S., (1974). "El problema de la aceptación de las ideas displacenteras: avances en el conocimiento del sentido de realidad", en Gregorio Barenblitt, y otros, *El concepto de realidad en psicoanálisis*, Editorial Socioanálisis. Buenos Aires.
- Freud, S. (1980). *Totém y tabú, Obras completas*, 1913, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Freud, S. (1979). *Psicología de las masas y análisis del yo. Obras Completas*, 1921, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Freud, S. (1926) *Pueden los legos ejercer el psicoanálisis, Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Freud, S. (1979). *La novela familiar de los neuróticos, Obras completas*. (1909), Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Marcuse, H. (1965) *Eros y civilización*. Joaquín Mortiz, México.
- Roudinesco, E. (2006). *La familia en desorden*, 2ª. Edición. Fondo de Cultura Económica. México.
- Roudinesco, E. (2018). *Diccionario amoroso del psicoanálisis*. Debate, Buenos Aires.
- Spitz, R. (1969). *El primer año de vida del niño*. Fondo de Cultura Económica, México.